

La mayoría de las democracias liberales han impuesto el toque de queda, pero, ¿está éticamente justificado?

Por Markus Gabriel¹

Por el momento, el imperativo virológico domina la política: todas las personas deben permanecer aisladas para que ya nadie pueda infectarse. Sin embargo, este imperativo deja de lado muchas medidas alternativas (y sus efectos secundarios).

Texto publicado originalmente el 26/03/2020 en el Neue Zürcher Zeitung.

¹ Markus Gabriel es profesor de filosofía en la Universidad de Bonn. Ha publicado los libros “Por qué el mundo no existe” y “Yo no soy mi cerebro: filosofía de la mente para el siglo XXI”. En la revista Espectros le hemos hecho una entrevista a mediados del año 2019 que puede verse aquí: <https://vimeo.com/351352138>

La crisis del Coronavirus trae consigo una nueva definición de la esencia de la sociedad: ¿somos portadores del virus y tan sólo por eso se nos impone un aislamiento obligatorio?

Está en juego un nuevo principio: el imperativo virológico. Insta a todos a actuar como si la comunidad humana fuera una cadena de infección. Los individuos no son vistos como actores morales, y por lo tanto, como portadores de dignidad humana, sino primariamente como portadores de virus. La humanidad es vista como una manada, para la que se deben definir reglas estrictas de mantener distancia para frenar la propagación del nuevo coronavirus.

De repente, casi todos saltan a este tren de ingeniería social (*social engineering*), que, sin ser notado y de repente, se convierte en una aplicación extrema de la problemática del tranvía, muy discutido en términos de ética. La definición de *trolley* se refiere al tranvía urbano, y el ejemplo es el siguiente: imagine que usted es responsable de establecer el rumbo de un tren. El tren circula y nadie puede detenerlo; en un andén hay niños, en el otro ancianos, y ahora tienes que elegir cuál de las dos vidas sacrificar. Sólo puedes perder, pero, ¿cómo decides?

LA RETÓRICA DE LA GUERRA ES ENGAÑOSA

Las medidas a veces drásticas tomadas en Europa para salvar vidas humanas significan que intervenimos en la estructura de libertad de todos, lo que significa que aceptamos otros riesgos. Esto requiere una reflexión más profunda.

Observemos primero que interrumpir las cadenas de infección a través del distanciamiento social es sin duda uno de los caminos correctos (¡no lo dudo!). ¿Pero es el toque de queda el único medio adecuado y, sobre todo, el único método apropiado? Una cosa está clara: las decisiones ético-políticas nunca derivan únicamente de la lógica de la propagación de un virus peligroso que, además, no conocemos con total certeza.

Para los gobiernos, sin embargo, el imperativo para combatir el virus parece no dar lugar a otra alternativa: interrumpir las cadenas aislando a todos. En éstos días, aquellos que activan los instrumentos de la crítica se enfrentan inmediatamente a la objeción de que ahora uno no debería poner en peligro la solidaridad social porque todos estamos en el mismo barco. Según esta crítica, no habría lugar para quejas, necesitamos un apoyo incondicional de las medidas gubernamentales porque supuestamente estamos en guerra.

Sin embargo, no estamos en una guerra contra un enemigo invisible. Porque un virus no es nuestro enemigo, sino una estructura biológica anónima que nos persigue como anfitriones para alojarse en nosotros, multiplicarse y anidarse en nuestras células. Al virus no le importa cómo nos sentimos. No somos su enemigo, sino su hábitat.



El virus no nos ataca, pero desarrolla un programa que es pasible de registros virológicos y epidemiológicos. Por lo tanto, que estamos en guerra es una mentira política fácil de desenmascarar. Por supuesto, los modos de instalar estados de emergencia están provistos de marcos democráticos: en Alemania por la Ley de Protección contra Infecciones y en Suiza por la Ley de Epidemias. Pero no puedes ir a la guerra contra una infección.

EL CORONAVIRUS DESENMASCARA A LOS NEGADORES DE LA CIENCIA

Hay aquí una paradoja. Hasta hace pocos días, el canon de valores de la democracia liberal todavía parecía estar amenazado por la era post-fáctica. La objetividad científica y sus críticas se han politizado una y otra vez, no solo desde Donald Trump. La negación populista de la objetividad, tanto de la izquierda como de la derecha, en nombre de metafísicas confusas, se apoya en el terreno dividido de una crítica insostenible de la ciencia que niega la existencia de hechos científicos.

La negación populista de derecha prospera principalmente en los Estados Unidos, pero también en Brasil, donde los evangélicos fundamentalistas se han opuesto desde hace mucho tiempo a la ciencia y la medicina porque creen que la Biblia explica el origen de las especies mejor que la enseñanza de Darwin. Entretanto, la negación populista de izquierda considera que la verdad y la realidad son una construcción social, detrás de la cual solo hay intereses de poder que necesitan ser expuestos y requieren ser combatidos; tal es lo que los representantes de las políticas de identidad de género y de raza les gusta argumentar.

Sin embargo, en los últimos años, los intelectuales progresistas que se adjudican la investigación científica también se han comprometido desesperadamente con un relativismo metafísico. El sociólogo francés Bruno Latour es uno de sus representantes más destacados. Incluso fue tan lejos como para elaborar la absurda tesis de que Ramsés II no podría haber muerto de tuberculosis porque el patógeno solo se había descubierto en el siglo XIX. Esto es absurdo metafísico, como lo muestra el caso análogo de la crisis del coronavirus: si no hubiéramos acudido a virólogos para estudiar Covid-19, según Latour, la enfermedad no se habría propagado porque ni siquiera habría existido.

Sobre estos argumentos, el nuevo coronavirus se estrella como un meteorito de la realidad. ¿De qué manera deberíamos sostener la negación de la realidad de los hechos frente a la brutal amenaza de un virus anónimo que amenaza nuestra supervivencia?

LOS POLÍTICOS ESTÁN DESARROLLANDO UNA NUEVA CREENCIA EN LA CIENCIA

De repente, demasiados gobiernos están de acuerdo: las condiciones excepcionales de circulación y las leyes de emergencia, así como la aceleración incontrolada de la digitalización a los fines de alcanzar la vigilancia total de nuestra salud, son la única forma de lidiar con la crisis del coronavirus. En el lapso de pocas semanas, el virus mental del sentimiento postfáctico y la política de identidad parece haber sido superado en favor de una política global que un amigo mío de Nueva York ha descrito como "Corea del Norte, un creyente en la ciencia". Los gobiernos derivan un nuevo objetivismo político del realismo biológico. Pero es aquí donde cabe el mayor escepticismo.

Es por eso que el filósofo italiano Giorgio Agamben y el profeta tecnológico Yuval Noah Harari alzaron sus voces para mostrarnos un desarrollo distópico que es una de las posibilidades del presente. Agamben se basa en su interpretación de la Modernidad, que introduce repetidamente un estado de excepción para reducir a las personas a lo que él llama "vida desnuda". De repente, nos convertimos en puntos de datos de modelos virológicos y sistemas de salud, por los cuales se sacrifican nuestras prácticas sociales más importantes (amistad, abrazos, ritos religiosos, conciertos). Para Agamben, la crisis del coronavirus es la confirmación de que estamos en camino hacia una dictadura cibernética distópica.

De modo similar opina Harari, quien durante mucho tiempo señaló que las posibilidades tecnológicas del siglo XXI (inteligencia artificial, noticias falsas, medicina digitalizada) cambiarían fundamentalmente nuestra sociedad y nos harían completamente predecibles y, por lo tanto, manipulables. De hecho, de repente es concebible que pronto, en Europa, las aplicaciones del coronavirus se instalen en nuestros teléfonos inteligentes, lo que transformará al conjunto de seres humanos en sitios de transmisión viral, cuyos movimientos son completamente monitoreados por las compañías de telecomunicaciones y las autoridades

de salud. Esto significaría el fin de la democracia liberal, paradójicamente iniciada por sus logros científicos.

LOS DOBLE STANDARDS DE LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

Lo que se necesita es una visión diferenciada que también conserve las relaciones. Entonces, si se aísla el imperativo virológico del resto de la realidad, es necesario también atenerse a él en hechos concretos. Sin embargo y al mismo tiempo, aquí radica el problema: porque la actual credibilidad en la ciencia por la política no es tan real como parece.

“no estamos en una guerra contra un enemigo invisible. Porque un virus no es nuestro enemigo, sino una estructura biológica anónima que nos persigue como anfitriones para alojarse en nosotros, multiplicarse y anidarse en nuestras células. Al virus no le importa cómo nos sentimos. No somos su enemigo, sino su hábitat.”

Esto se puede ver en el hecho de que hasta hace poco era imposible para los Estados Unidos y la UE cerrar sus fronteras, prohibir las reuniones de más de dos personas, ralentizar el turismo contaminante y las cadenas de producción mundiales, y soportar conmociones económicas inimaginables, con el fin de seguir un imperativo ético. Pero también es un hallazgo científicamente bien fundamentado que la crisis climática, abordada con seriedad, puede clasificarse como más peligrosa que la crisis del coronavirus, ya que amenaza la existencia continua de la humanidad en su conjunto. En este contexto, surge la pregunta: ¿por qué no se declara una emergencia para contrarrestar la crisis climática?

De repente, se utiliza un modelo científico y virológico como argumento convincente para supuestamente no tomar decisiones políticas alternativas. Los modelos virológicos calculan varios escenarios para la propagación del nuevo coronavirus utilizando simulaciones por computadora. Los modelos no son copias de la realidad, sino simplificaciones de conjuntos de datos a través de los cuales queremos reconocer patrones. Sin embargo, por muy

buenos que sean nuestros modelos virológicos, de los modelos estadísticos no surgen directamente instrucciones para actuar en el plano de la política.

En resumen: el imperativo incondicional, que nos pide que adaptemos la vida pública y todas las pequeñas decisiones cotidianas a la lógica de distribución de los modelos virológicos, oculta la falta de una serie de decisiones políticas. El imperativo virológico no se da por sobreentendido, dado que la interpretación política de los hechos científicos no es en sí misma un hecho científico. En este sentido, se requiere de sociólogos, politólogos y filósofos capacitados en la dialéctica del Iluminismo: el progreso científico y médico por sí solo no resuelve los problemas creados por el progreso científico y tecnológico.

Tengamos en cuenta que el virus no se construye socialmente ni es un arma biológica china. Es real, fue creado de la manera que sea, y es al menos extremadamente peligroso. Nadie sabe exactamente qué tan peligroso es, porque los conjuntos de datos aún no son lo suficientemente buenos como para utilizar de manera óptima los modelos virológicos.

La investigación científica y médica es, por su puesto, esencial para aclarar qué opciones de estrategias están disponibles. Puede hacer que los hechos concretos de supervivencia sean visibles. No tengo dudas al respecto. Pero no es cierto que el imperativo virológico solo justifique las medidas (aunque sean temporales) para socavar la opinión pública democrática, ya que hay otros imperativos médicos, al menos similares y relacionados con las técnicas de seguridad, que no se tienen en cuenta.

¿Qué pasa con los peligros concretos para nuestro sistema de salud que recién se crean a raíz del shock económico de la inminente crisis económica? ¿Qué hay de las personas solitarias y adictas, las personas que no tienen el lujo de poder retirarse a un hogar seguro con jardín, pero que enfrentan violencia doméstica y abuso a través del toque de queda? ¿Y cuáles son los riesgos para nuestro aparato de seguridad si, de repente, las tratativas por negocios tienen lugar en reuniones electrónicas que pueden ser espiadas sin mayores dificultades ?

Si bien salvamos vidas amenazadas por el nuevo virus, los viejos problemas no desaparecen. Por el contrario, se están exacerbando y nos enfrentaremos a ellos tan pronto como termine la crisis del coronavirus.

Lo que debemos hacer o no hacer en tiempos oscuros no se basa únicamente en hechos científicos. También necesitamos una visión moral. Los hechos morales se revelan a través de la reflexión ético-filosófica y una brisa adecuada de teoría política crítica. Este concepto es el núcleo del Iluminismo. No debemos sacrificar esto a los cálculos a corto plazo, tanto como los seres humanos cuyas vidas estamos protegiendo, con toda razón, a través del distanciamiento social.

Traducción: Noemí R. Kröll